

Jueves V de Cuaresma



21 de marzo de 2024

Gen 17, 3-9

Sal 104

Jn 8, 51-59

P. Eduardo Suanzes, msps

«Les aseguro que quien cumpla mi palabra no sufrirá jamás la muerte». Así es como está escrito en griego el inicio del trozo del evangelio de hoy. No dice, como hemos escuchado: «Les aseguro el que es fiel a mi palabra no morirá para siempre», sino que «**no sufrirá jamás la muerte**». Lo que hemos escuchado quiere decir, que morirá el que es fiel...pero no para siempre; el texto en griego dice que **jamás morirá**. Creo que la diferencia es enorme y por eso entendían los judíos que Jesús era un loco galileo endemoniado, y por eso lo querían matar.

El evangelio de Juan está escrito estratégicamente de una determinada forma, y siempre que existe un discurso o enseñanza de Jesús se le acompaña con un signo (milagro) que de manera plástica corrobora dicha enseñanza. Así, cuando habla del agua y del Espíritu, cura al paralítico de la piscina de Betsaida. Cuando realiza la multiplicación de los panes, habla de la eucaristía, de comer su cuerpo y beber su sangre. Cuando habla de que él es la luz, cura al ciego de nacimiento...Ahora está hablando de vida, de vida para siempre, de vida eterna; luego dirá que es el Buen Pastor que da esa vida por las ovejas, y luego realizará el signo de la resurrección, el signo de la vuelta a la vida de Lázaro. Jesús es la Vida y esa Vida es la que da por sus amigos. Por eso es imposible que quien lo reciba muera, que entre en las oscuridades de la noche, porque él es la luz, porque es en sí mismo la Vida.

Desde el punto de vista de Jesús, y por tanto del de su seguidor, del cristiano, la muerte no tiene ningún sentido como tal, pues no existe.

El memorial de Pascal

Después de la muerte del matemático y científico francés Blas Pascal¹ encontraron en una prenda suya de vestir un fragmento de papel meticulosamente escrito que sin duda tenía para él una importancia extraordinaria, ya que lo había llevado siempre consigo. Este Memorial -así es como se le ha llamado- contiene la experiencia de un día muy concreto y de una hora totalmente exacta de la vida de Pascal. El texto es el siguiente: «Año de gracia de 1654, lunes, 23 de noviembre, día de San Clemente, Papa y mártir, y de otros Santos del martirologio, vigilia de San Crisóstomo mártir, y de otros; desde alrededor de las diez y media de la noche hasta aproximadamente la una de la madrugada, fuego. El Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, no el dios de los sabios y filósofos. Seguridad plena, seguridad plena. Sentimiento. Alegría. *Mi Dios y vuestro Dios*. Tu Dios debe ser mi

¹ Blas Pascal. Filósofo, físico y matemático francés, 1623-1662

Dios. Olvido del mundo y de todas las cosas, excepto de Dios. Sólo se encuentra en los caminos que nos muestra el Evangelio. Grandeza del alma humana. Padre santo a quien el mundo no ha conocido, pero yo sí que te he conocido. Alegría, alegría, alegría, lágrimas de alegría. *Me dejaron a mí fuente de aguas vivas.* Dios mío, ¿me abandonarás? Que no me aparte de Él jamás. Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, verdadero y único Dios y al que enviaste, Jesucristo. Jesucristo. Yo me he separado de Él; he huido de Él; le he negado y crucificado. Que no me aparte de Él jamás. Él está únicamente en los caminos que se nos enseñan en el Evangelio: abnegación interior; renuncia total, completa. Sumisión plena a Jesús y a mis directores espirituales. Una alegría eterna en comparación de un día de sufrimiento en la tierra. *No olvido tus palabras. Amen.»*

Este Memorial habla de una experiencia auténticamente real. Nos ofrece unos datos exactos, precisos. Pascal la ha recogido casi con la misma precisión con que se recogen los datos de un experimento científico. La experiencia que vivió y que plasmó en este Memorial se puede comparar con la de los discípulos de Emaús: la experiencia de Jesús vivo. No se trata de intuiciones teológicas, que se pueden tener cualquier día, sino de la experiencia estremecedora y transfiguradora de un momento exacto y preciso, que transforma toda la realidad y que no se puede olvidar jamás. Tampoco se trata aquí de una experiencia humana común y corriente, que puede tener cualquier hombre religioso, sino de una experiencia específicamente cristiana, que tiene una historia anterior; a saber, la historia de fe de muchas generaciones. Pascal ha encontrado a Cristo en una hora concreta y precisa, y en Cristo ha encontrado al Dios de la Vida, al Dios de Abrahán, al Dios de Isaac y al Dios de Jacob. Este encuentro le produjo una profundísima alegría y paz. No podemos interpretar como nos parezca las palabras «*Alegría, alegría, alegría, lágrimas de alegría*». Pascal encuentra la paz en esa alegría, encuentra al Dios-Vida. Y encuentra una paz que reorganiza, por tanto, de nuevo su vida, que la sitúa en un plano distinto, que la hace plenamente clara y transparente. Pascal descubre repentinamente que hasta entonces había estado separado de Cristo, que había estado muerto, aunque ya antes de ese acontecimiento había admitido la fe. Está convencido de que sólo ahora ha encontrado a Cristo y con Él a Dios. Y tiene una profunda certeza de todo eso, porque está sumergido en esa Vida que ha experimentado.